

## Alas

Hace frío. La humedad se cala hasta el mismísimo tuétano de los huesos. Evidente sensación que se agudiza desde la altura veinteava de un edificio cualquiera. Julián está allí, sentado sobre la repisa de la ventana, con las piernas colgando en el vacío. Lleva meses queriendo sentir el vértigo de su cuerpo, queriendo desafiar lo único que le queda: miedo.

Siempre fue un tipo atormentado y dado a la melancolía, pero la muerte de su mujer lo sumió, además, en una depresión que se ha alargado en el tiempo; ya hace cuatro años que la enterró.

Mora aturdido, casi no ha sido capaz de cruzar la ventana. Los pies se le han atascado con el marco de aluminio y a estirones ha conseguido su propósito. Ya no suele analizar su estado, se deja llevar. Como un títere, eso es, o quizás, siendo más precisos y rigurosos en la descripción, Julián se deja arrastrar, sí, ha perdido toda capacidad de decisión, de acción y, ahora, sus extremidades languidecen como una propagación de su propia decadencia.

Debe de ser la medicación (quince pastillas todos los días), y aún así continúa sin ánimo para vivir. Pretende huir del paisaje que es, testigo casual de un cielo que respira morosidad, una flema todopoderosa que lo convierte en un punto diminuto y ridículamente circunspecto.

Nunca fue un tipo hábil, su esposa, mucho más perspicaz y despierta, en ocasiones se desesperaba frente a su torpeza continua, frente a sus acostumbrados desaciertos. Los acontecimientos de los últimos meses han recrudecido su existencia. Las sombras también pesan y encogen a aquel que las soporta.

Hace un tiempo espantoso y la noche se ahonda en un negro desolador. Además, con seguridad, sus ojos guardan cierta tendencia a dibujar de forma innata el lado más tétrico de las cosas.

Quiere mirar hacia abajo, ver la distancia que lo separa del mundo, aunque no le ha hecho falta subir veinte alturas para sufrir el alejamiento, para sentir el trecho con una sociedad que jamás lo recogió.

Mira, con cuidado mira y un estremecimiento le desequilibra el cuerpo, como un calambre, como un vértigo conminatorio. Se agarra con fuerza a la repisa, las manos le tiemblan, y le sudan a pesar del frío. Siempre le acomplejó su transpiración excesiva: manos, pies, axilas, frente...; no supo controlar las desbandadas de sus nervios. Los coletazos de la ansiedad aún le dañan profundamente y a esto añadimos el deterioro que sufre desde que enviudó.

Vuelve a mirar y unas ganas le sobrevienen, como una tentación. Acabar con todo, eso es, lanzarse al vacío y precipitarse sobre la muerte. Despega la espalda de la ventana. Inclina el cuerpo hacia el exterior, trémulo. Siente la amenaza de la noche, y recibe el duelo que la muerte le lanza, cara a cara, uno contra uno.

No puede tragar, piensa que se ahoga, su rival es fuerte. Una sacudida, una contracción le estrangula el pecho. Mira al vacío como buscando un rostro, como exigiendo una representación gráfica de quien le reta. Se le entrecorta la respiración. Permanece en vilo, tenso, manteniendo el equilibrio sobre pocos centímetros de repisa, con el cuerpo al aire, con la cabeza enajenada.

¿Quién gana con qué? Por unos momentos duda. ¿Gana la muerte si se lo lleva?, ¿gana Julián si se entrega? No, gana Julián si resiste, gana si la muerte busca otro adversario. Eso es, no piensa consentir.

Vuelve a acomodarse. Espalda engañosamente erguida, hacia atrás, apoyada sobre la ventana. Él gana. Lo tiene claro. Cierra los ojos y medita su decisión. Recibe un frío que atenaza cada partícula de su ser. El sudor que le cae desde la nuca se le hiela sobre la piel, lo sufre como un trallazo.

Es momento de regresar a casa, cruzar la ventana y continuar con su vida mediocre, con su rutina gris, con su espíritu anodino. Deseando arrancarse las costras de los fracasos, es evidente que no es capaz.

Tiene miedo y no quiere escuchar el grito de su cuerpo que lo acusa de cobarde. Por unos instantes un impulso repentino lo excitó hacia el suicidio, pero es un encogido, un pingajo de ánimo pusilánime y apocado.

Asustado intenta voltearse y abrir la ventana para pasar. Las piernas le tiemblan y los pies se empeñan en complicar el regreso. Busca una postura más apropiada. Se coloca de rodillas sobre la repisa, de cara al cristal. Se ve reflejado, aunque prefiere no mirar, le resulta vergonzoso.

Empuja hacia adentro, pero la hoja no se abre. Empuja con fuerza. Esto es mala suerte. La ventana, a todas luces, se ha atascado. Deberá golpear con más contundencia. Lo razona en una milésima de segundo. Una, dos y tres. ¡Ahora!

Tras el golpe pierde el equilibrio, ¡no! El cuerpo se ha vencido como la pata desarticulada de una silla. Impulsado a la inversa ha caído al vacío. Por unos instantes, hasta que ha conseguido agarrarse, a duras penas y casi milagrosamente, a uno de los hierros de la estructura de un toldo del piso de abajo.

Entiende que la batalla no ha terminado. Las uñas parecen desprenderse de la carne. Sus dedos, tan poco sacrificados, se convierten en su único apoyo. Los clava con fuerza. Pierden el color rosado. Va a caer, no puede sostener el peso de su cuerpo. Los brazos se le quiebran. Aprieta con las uñas, con las yemas de los dedos. Se escurre, las manos le sudan, le chorrean, se resbala.

Ha ganado, la muerte ha ganado, Julián, el miedo se alió con ella.